

Luis Alberto Sánchez

La literatura del Perú republicano

(Continuación)

VII

ORATORIA Y PERIODISMO: EL «SOLITARIO DE SAYÁN»

El ciclo político estaba abierto: lógicamente, *oratoria* y *periodismo* primaban sobre toda otra forma literaria. Se advertía una curiosa primacía de doctrinas extrañas—ya denunciadas en la «Manifestación histórica y política»—, especialmente, francesas y saxoamericanas. Montesquieu y Rousseau ejercían su tutela en lo social y programático; la Constitución de los Estados Unidos, en la arquitectura del gobierno; Helvecio, en la filosofía y el derecho; la *Enciclopedia*, en la ciencia; Quintana en la poesía, y en la prosa, Juan Jacobo y, a ratos, Moratín... El estilo estaba imbuído del *pathos* de la época. Gusto de la *confesión* y necesidad de la *declamación* ¿no es ésta acaso una de las antítesis fundamentales del romanticismo? Forma ampulosa y enmarañada, pero emoción primaria y lisa: las gentes empezaban a considerar el corazón como una plaza pública de ecuménico acceso, en donde pasiones y sentimientos iban y venían como transeúntes. Por eso mismo, todo se trocó en grito y literatura.

La fórmula simplista de tal tiempo se reduce a pocas palabras: *al principio, la política absorbió a la literatura; pero, luego, la literatura, en un lindo retruque, coloreó y moldeó a la política: en suma, se inicia entonces, sin lugar a dudas, la «era literaria de la política peruana»*. Ello implica romanticismo pleno. De donde resulta que la literatura—verbo, letra—reasume su papel preponderante de maestro de ceremonias. Examinar, pues, las obras políticas de esos días es contribuir directa e inmediatamente a la historia netamente literaria. Se traban más íntimas relaciones con el Sur: Argentina y Chile. La influencia del Norte—Gran Colombia—es posterior a 1823.

En las «Memorias» del Mariscal peruano-argentino Toribio de Luzuriaga (nacido en Huaras), en las del argentino-peruano Rudecindo Alvarado, aparece, claramente reflejado ese ambiente. Un peruano, V. Pazos Silva, que residió largos años en la Argentina, combatió por este país desde las columnas de «El Censor» y «La Crónica Argentina», en la cual fué compañero de Mariano Moreno. Pazos usaba el seudónimo de Víctor Pazos Kanki, desde 1816, en que abrió campaña contra Belgrano: con tal mote publicó en Londres, 1834, sus «Memorias histórico-políticas».

Rojas, o. c., tomo 5.º, pág. 170 y 185.

Las ideas de Moreno y Monteagudo, filtros de Rousseau y Wáshington, determinaron el rumbo del ambiente intelectual. Bernardo de Monteagudo, argentino, hijo de padres españoles, fué el boletínero del ejército de San Martín y, luego, su teorizante, hasta que le suprimió el puñal de la conjura.

En 1820 y 1821 redactó «El Censor de la Revolución» y «El Diario de la campaña del Pacífico». Más tarde, escribió «Mártir o libre»; pero su obra fundamental es la política en la acción. En «Vida y escritos de Monteagudo» (2 vols. Buenos Aires, 1880) se insertaron los más significados pensamientos con

los que el inquieto y erótico prócer contribuyó a enriquecer el ambiente intelectual peruano.

Rojas, o. c., 5.º, pág. 51.

Monteagudo, coincidiendo con San Martín en su afición a la libertad moderada, monarquista antes que republicano, por temperamento, más que por convicción, contribuyó a dar la ley de imprenta en 1822, en la que las taxativas eran más que las garantías. Y se explicaba, dado el libertinaje producido por la ruptura de la mordaza española. Entre las penas a los infractores de la ley aparecía la de enterrar cadáveres en el camposanto. Su actitud represora aceleró la caída de Monteagudo, en julio de 1822, apenas San Martín hubo sido dirigido a Guayaquil, con el objeto de conferenciar con Bolívar. Fuera una intriga colombiana o no, lo cierto es que Monteagudo no era un héroe popular.

Véase «Lima justificada...», Lima, 1822.

Fué en tales circunstancias, cuando apareció la célebre publicación periódica titulada «La Abeja Republicana», en donde se revelaría el primer teórico del Derecho Peruano y un polemista formidable: don José Faustino Sánchez Carrión, aquél que, bajo la égida de Rodríguez de Mendoza, ejerciera la cátedra de Digesto Viejo en el Convictorio de San Carlos, y a quién desterró después el virrey Pezuela.

Sánchez Carrión había sido colegial en San Carlos. Nacido en Huamachuco, sobresalió por su inquietud y talentos, habiéndole perseguido la Inquisición como lector de obras prohibidas. «La Abeja Republicana»—que aparecía los jueves y domingos—publicó su prospecto en diminuto formato, ostentando como lema los versos de Quintana:

Antes la muerte
que consentir jamás ningún tirano.

La tiranía era posible aun bajo la sedicente independencia. Por eso, los redactores sacaban el periódico, «convencidos de que el mejor medio para contener a los déspotas y para dirigir la opinión de los ciudadanos es la imprenta». Organo «republicano representativo» no escatimaba diatribas contra el «ex-ministro Monteagudo». Las suscripciones, recibidas por el futuro político don Mariano Tramarría, en la calle de Bodegones, costaban 3 pesos por el cuatrimestre. El impresor era al principio José Masías y, después, el célebre Guillermo del Río.

Nadie dejó de advertir la tendencia roussoniana neta de «La Abeja Republicana». «Un amigo de sus conciudadanos» diría que la libertad es inherente a la naturaleza humana aun en estado primitivo: «no es, pues, necesaria la civilización para el gobierno republicano»; «la libertad es el ídolo de los peruanos». En el número 2 del periódico, el mismo escritor afirmaría que la instrucción sofrena al despotismo, y que «una Constitución bien ordenada es un baluarte de la libertad pública». En el número 3 se diserta sobre el origen de las sociedades y se deja un «epitafio a don Bernardo de Monteagudo», «el honorable inquisidor de Estado». Pero es sólo en el número 4, en donde comienzan a publicarse las famosas «Cartas remitidas por el solitario de Sayán», seudónimo escogido por el doctor José Faustino Sánchez Carrión.

Pocos documentos ideológica y literariamente tan compendiosos. Fechado en Sayán, 6 de agosto de 1822, comienza por recordar otra carta dirigida el 1.º de marzo, a «El Correo Mercantil» y alude a una consulta sobre sistema de gobierno en el Perú, inserta en «La Gaceta» del 23 de febrero. Sánchez Carrión se confiesa roussoniano absoluto. El «Pacto social» es un «pequeño folleto a la verdad, pero tan prodigioso como la piedrezuela que derribó la gigantesca estatua del Rey de Asiria» (pág. 35). Admirador de la Revolución Francesa y antimonárquico, dirá: «Desengañémonos, nada escarmienta a los reyes, ni nada será capaz de persuadirlos que son hombres como los demás». La

libertad se le aparecerá como un «coelemento de nuestra existencia racional, sin la cual los pueblos son rebaños y toda institución inútil». «Quisiera que el gobierno del Perú fuera la misma cosa que la sociedad peruana», clama en arranque democrático. «Conocida es la blandura del carácter peruano... de lo cual, como de la larga opresión, en que hemos vivido, depende la falta de energía y celo por la libertad, sin que neguemos nuestra aptitud reactiva contra el despotismo». Un monarca en el Perú sería, pues, peligroso, dice, porque convertiría a los hombres en «excelentes vasallos y nunca ciudadanos». «Un trono en el Perú sería, acaso más despótico que en Asia, y, asentada la paz, se disputarían los mandatarios la palma de la tiranía». «Ser rey, e imaginarse dueños de vidas y haciendas, todo es uno». «Al declararse independiente el Perú, no se propuso sólo el acto material de no pertenecer ya a lo que fué su metrópoli, ni de decir *alta voce*: ya soy independiente; sería pueril tal contentamiento. Lo que quiso y lo que quiere decir es: que esa pequeña población se *centuple*; que esas costumbres se *descolonicen*; que esa ilustración toque su *máximum*; y que al concurso simultáneo de estas medidas, no sólo vea nuestra tierra empedradas sus calles con oro y plata, sino que de *cementerio* se convierta en patria de vivientes». Así, con trasposiciones un poco violentas en el estilo, pero evidente vigor y clarividencia, resulta Sánchez Carrión, anticipándose a Alberdi en su apotegma «gobernar es poblar» y señala el riesgo de seguir siendo colonia, a pesar de la Independencia.

«La Abeja Republicana», ed. cit.
pág. 53.

Después de encendidos elogios a los Estados Unidos y también a Chile y Argentina, aboga por la unión con éstos, ya que siendo «nuestros intereses públicos los mismos», «nuestra concordia y fraternidad no deben exponerse por sola la imprudencia

de establecerse en manera opuesta»: gran lección de un vidente que intuía el sueño bolivariano.

La segunda carta de «El Solitario de Sayán» sólo aparecería en «El Correo Mercantil», el 6 de septiembre de 1822. En ella, Sánchez Carrión aboga ardientemente por la República, con copia de ejemplos romanos: «república queremos, que sólo esta forma nos conviene. Tal es, según entiendo, la voz general de los moradores del Perú». El examen de los poderes, del dogma de la igualdad y del régimen electoral está hecho, en seguida, con patetismo.

Véase el «Boletín del Museo Bolivariano», tomo I, núm. 3, pág. 37, noviembre de 1928, Magdalena Vieja (Lima), y «El Correo Mercantil», Lima, 6 de septiembre de 1822.

«La Abeja Republicana» se publicó hasta su número 36, del 5 de diciembre de 1822. Invariablemente atacó a Monteagudo y defendió a la República; censuró el espionaje y la policía secreta (N.º 5, 6 y 7), alabó a San Martín (N.º 16), a Santa Cruz, a la cantatriz Rosa Merino (N.º 29); atacó a la Orden del Sol, «hija primogénita de los delirios monárquicos de Monteagudo» (N.º 25 y 26), a Bolívar cuando confiscó los bienes de los que emigraron de Guayaquil sin pasaportes (N.º 34), pero lo más típico de «La Abeja», aparte la primera carta de «El Solitario de Sayán», está en sus conceptos sobre el indígena, el congreso y el teatro. Oigámoslo sobre el indio: «jamás será un obstáculo para la elección de un gobierno sabio, paternal. Patriota por naturaleza, ha procurado siempre, aunque con mal suceso, recobrar la antigua independencia del Perú. Con su continua agitación ha comprobado que el pueblo conquistador permanece constantemente en revolución. En su desgracia ha conservado su idioma, sus usos, un odio eterno al nombre español, el llanto, y traje lúgubre por la pérdida de su libertad».

«La Abeja Rep.», núm. 10.

Sobre el Congreso pronuncia un elogio con ocasión de su instalación el 20 de septiembre del 22. Sobre el teatro, en diversas oportunidades, (N.º 29 y 31) se pronuncia favorablemente.

El papel de «La Abeja Republicana» se asemeja, si bien con mayor combatividad, al del «Mercurio Peruano» en las postrimerías del virreinato. Sus redactores ocupaban situaciones espectables, no ya por alcurnia, sino por merecimientos. No se debe olvidar que la «ilustración» pasó a ser título de distinción en aquel entonces. Bajo la égida del «despotismo ilustrado» aun vigente, las mujeres frívolas gustaban de aparentar interés por los temas económicos y políticos, y hasta promover conversaciones al respecto.

Gide y Rist, «Historia de las doctr. económ.», trad. Barcelona, 1926, cap. I.

Los redactores de «La Abeja» eran antiguos admiradores del «Mercurio» y aun discípulos de éste. Su ambiente intelectual era típicamente el enciclopedista y roussoniano. Entreveían a Adam Smith, pero se aferraban a Juan Jacobo.

La diferencia más profunda entre ambos periódicos está en el clima político y de realización que predomina en «La Abeja», mientras «Mercurio» fué contemplativo y eruditesco. Tanto es así que «La Abeja» ejerció censura efectiva sobre el congreso reunido el 20 de septiembre de 1822.

Este Primer Congreso del Perú, instalado en la fecha antes nombrada, llevó una accidentada vida. El 19 de junio era trasladado al Callao; el 26, una fracción viajaba a Trujillo, con Riva Agüero, en plena intriga, siendo disuelta el 19 de julio; restablecióse el congreso el 6 de agosto de 1823 y se recesó el 10 de febrero de 1824, para otorgar amplios poderes a Bolívar; reunióse de nuevo el 10 de febrero del 25 y se clausuró el 10 de marzo. Entre sus miembros—recuenta Aranda—hubo 58 peruanos propietarios y 19 suplentes; 3 neogranadinos, 5 ecuatorianos, 1 altoperuano, 1 chileno, 1 argentino propietario y 2 suplentes.

Los 3 neogranadinos fueron Tenorio, Alcázar y Argote; los ecuatorianos J. Paredes, Ortiz de Zevallos, La Mar, Crespo y Olmedo; el alto peruano Padilla; el chileno Agüero; los argentinos Forcada, Otero y Alvarado.

M. J. Obín y R. Aranda, «Anales Parlamentarios del Perú», Lima, 1893, pág. 43.

EL CONGRESO Y LA ORATORIA

La ideología del Primer Congreso fué primordialmente roussoniana; su fraseario, jacobino-elesiástico. Tal vez el mejor documento, por su tono, su estilo y su contenido sea la dimisión de San Martín, llena de la mesura y elevación característica de cuanto dijo y escribió el argentino. Los discursos de los demás oradores dejan mucho qué desear. Su firmeza, también. Versátil por definición, el Congreso de 1822-25 refleja lo que aparece igualmente en las rimas de los versificadores. Olmedo y Larriva, loaders de la Princesa María Antonia de Borbón en 1808 son los panegiristas de Bolívar en 1825. Y, luego, atacarían a Bolívar y a Sucre, ya dentro de la vorágine de pequeñas pasiones destacadas. Los oradores del Congreso de 1822 tienen, por norma la contradicción que es cosa distinta a la antítesis, elemento romántico. Comenzaron arrogándose todos los poderes y concluyeron delegándolos enteramente en manos de un jefe ungido por motín militar; después, «el ídolo fué pronto el tirano de Trujillo», y votaron su pena de muerte. No titubearon ante la exhibición de su volubilidad ni de su escasa firmeza. La oratoria parlamentaria peruana nació tarada de cobardía. Por eso, apenas dictada la constitución del 12 de noviembre de 1823, la declaran en suspenso y otorgan omnipotencia a Bolívar. El vasallaje ideológico y la sumisión verbal dictaron leyes en aquel curioso conglomerado humano.

Obin y Aranda, o. c., p. XIII y XIV.



Los conductores de ese Congreso fueron ex miembros del «Mercurio Peruano», como Rodríguez de Mendoza, o miembros de «La Abeja Republicana», como Sánchez Carrión, o ex colegiales levantiscos como Luna Pizarro, Francisco Javier Mariátegui, Mariano José de Arce, etc. Hipólito Unanué también pronuncia palabras de renovación: él, ex ministro de Abascal y La Serna, futuro ministro de Bolívar; tachado a causa de un juicio de residencia, es admitido en el seno del Congreso, merced a la defensa de Sánchez Carrión y de Mariátegui. Y Unanué representa el principio de la ciencia peruana, de la literatura científica en el Perú.

Fué un ambiente demagógico; una oratoria romántica, empenachada y gaseosa. Devuelven jactanciosamente un oficio al Gobierno, porque ha omitido éste la fórmula de «*Excelentísimo señor presidente del Soberano Congreso*» (19 de febrero de 1823). Como muestra del lenguaje oratorio basta recordar que el Dr. Justo Figuerola declara que la pretensión de tiranizar a los espíritus «es una tiranía mayor que la de esclavizar los cuerpos» y que sólo ante Dios resignará su razón (2 de noviembre de 1823). Los garrotazos mercenarios que tunden a Mariátegui, Ferreyros, Argote y Colmenares, por orden de Riva Agüero, son respuestas de follones a idealismos jacobinos: reproducése, con desmedro del «soberano congreso», el episodio del manchego y los yangueses. El propio Congreso, dedicando su tiempo a cuestiones menudas, se encarga de autorizar los desmanes.

Obin y Aranda, o. c. p. 60, 63 y 72;
145 a 158.

Al discutir la delegación de poderes, por ida de San Martín, la discusión toma caracteres doctrinarios y el tono se eleva. Mientras los jacobinos se oponen a esa delegación hecha por San Martín, Luna Pizarro—«*ce petit Lammeneis peruvien*», como le llama Flora Tristán—la apoya realísticamente. Sánchez Carrión producirá, entonces, uno de los mejores discursos

de la Asamblea, aduciendo argumentos de la Segunda Carta de «El Solitario de Sayán». «Señor—dirá, encendido:—la libertad es mi ídolo, y lo es del pueblo; sin ella no quiero nada; la presencia de uno sólo en el mando me ofrece la imagen de un rey, de esa palabra que significa herencia de la tiranía». Triunfó la tesis del gobierno plural sostenida por los jacobinos.

Flora Tristán, «Peregrinations d'une Paria», París, 1837, tomo I, p. 297; Obin y Aranda, o. c., pág. 158-170.

Los miembros del Congreso empleaban, pues, un lenguaje desmelenado y romántico, echando mano a una ideología demagógica. Hora ostensiblemente literaria, repito: *fué la hora literaria de la política peruana*; más aun: de la política americana. La política se sometió al gusto literario. Tratábase de inventar realidades, a fuerza de palabras. Una gran inquietud verbal e ideológica presidía la busca de nuevos rumbos. Con mayor cultura y sin el lastre de tres siglos de negada ilustración, acaso habríase podido ensayar la «Civita Solis» de Campanella, pero con oradores resonantes y señores feudales criollos. Algo muy romántico, muy ochocentista, muy sudamericano.

VIII

BOLÍVAR Y LAS LETRAS: OLMEDO, PANDO Y VIDAURRE

Con la venida de Bolívar, crece la órbita romántica en el Perú. Era como si hubiese llegado Renato, Pablo, Chatterton, Manfredo o Werther. Traía el libertador, prestigios de héroe y amante. Había vencido en la «guerra a muerte». Le acompañaba la prestante Manolita. En el Tequendama trazara una página de la Ilíada. Frente al Chimborazo confrontó un dramático sino de Nibelungo. Pequeño, menudo, cenceño, nervioso, quería realizar las ideas de Rousseau, pero traducidas por Bonaparte.

Su maestro, el atrabiliario don Simón Rodríguez, le inculcó el amor a la naturaleza con el desenfreno de la espontaneidad. Su prematura viudez y los amores platónicos con la novelesca Fanny du Villars aumentaban sus leyendas. Sabíase de un solemne juramento suyo en el Aventino, de un juego de pelota con Fernando VII. Seducía a mujeres tropicales que le salvaban la vida, como Luisa, la de Jamaica. Si Napoleón tenía sobre sí el espectro del duque de Enghien, Bolívar no le iba en zaga con el sacrificado Piar. Intemperante y arbitrario, desconoció, en Guayaquil, a la Junta de Gobierno, pero mandó a saludar a uno de sus miembros, a Olmedo, porque respetaba su genio poético. Posiblemente su espada era Durandal, pero nadie colgó de su cuello el Olifante de las horas amargas. Tenía rostro moreno, ojos de fuego, pobladas las patillas a la española, rebelde el rizo sobre la frente alta y despejada, curva la nariz, voluntarioso el mentón, esbeto tísimo el cuerpo. Vestía con pulcritud y era insofistente y dadivoso. Amaba el amor y el poder. Sus proyectos asumían gigantescas proporciones, porque era un poeta que rimaba hazañas. Su ambición estaba en donde pusieron la suya Napoleón, Alejandro. Amaba el lujo, la decoración recargada y la soledad y el aire sitibundo de los románticos. Preparaba sus batallas, con el desmelenamiento y, al par, la pulcritud que un romántico ponía en sus poemas. Nunca dejó de pronunciar una proclama antes de un combate, para oírse y ser oído, y ganar con la palabra previamente a con la espada. Cuando no hubo tiempo, dejó la proclama para después, como en Junín. El «Húsar de Junín» es lo que el caballero de la Orden del Sol, sanmartiniana, pero actuante: Lohengrin y los caballeros del Santo Graal reemplazan—romántica cabalgata que sedujo al romántico Richard Wagner—a los eupátridas tersos que soñó San Martín.

Se comprende que la imaginación popular se desatara al llegar tal personaje, el 1.º de septiembre de 1823. Para mayor auge, la fiebre se apoderó del recién llegado, y tuvo un lúcido delirio que le arrancó la frase pétrea: «Triunfar». Aunque li-

terariamente no es necesario recordar a versificadores mínimos, menos justo sería olvidar el clima poético de entonces. Política y poesía resultaron mal paradas con la venida de Bolívar, pero la poética salió gananciosa. La única excepción señera es José Joaquín de Olmedo. Después de sus ya mencionados cantos hispanizantes, sentía la atracción de la Libertad, aunque detestaba a Bolívar. Y ambos eran coetáneos. Olmedo, nacido en Guayaquil el 19 de marzo de 1780, cuando el puerto estaba bajo la autoridad del virreinato peruano, había estudiado en Quito, en el Colegio de San Fernando, hasta 1792; en el 94 vino a Lima y se matriculó en el Convictorio de San Carlos. Cursaba 4.º curso de Leyes en 1802, cuando le denunció la Inquisición por leer la «Zaira» de Voltaire. Al año siguiente, reincidía, como lector de la «Henriada» volteriana. Recibióse de doctor sin dejar de escribir versos. En 1807 escribiría su «Elegía a la muerte de doña María Antonia de Borbón»:

¡Señor, señor! El pueblo que te adora,
bajo el peso oprimido
de tu cólera santa, gime y llora.
Ya no hay más resistir: la débil caña
que fácil va y se mece,
cuando sus alas bate el manso viento,
se sacude, se quiebra, desaparece,
al recio soplo de huracán violento...

Catedrático de Digesto, en 1808, recitó una composición «A Abascal», el mismo día en que se representó, en la Universidad de San Marcos, «El Duque de Viseo» de Quintana. Lector de Horacio, Ovidio y Virgilio; de Píndaro y Homero; de Quintana y Valdez; de Pope y Richardson, pronto olvidó al sevillano Herrera, de quien extrajo el aliento de su «Elegía». Declaróse antifrancés y fernandista en su oda «Al árbol». En 1809 se incorporó a la Universidad de Santo Tomás de Quito, y, después,

dedicóse, en Guayaquil, a menesteres literarios. Deseoso de llegar a España, sólo logró arribar hasta México, de donde volvió a Guayaquil, que le eligió su representante ante las Cortes de Cádiz, en las cuales abogó fervientemente por la abolición de las mitas. Regresó de España a Lima, y luego pasó a Guayaquil. Al estallar el movimiento insurgente en esta ciudad, Olmedo fué designado para formar, con Jimena y con Roca, el triunvirato que reemplazó a la autoridad española (9 de octubre de 1820).

J. L. Mera, «Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana», 2.^a ed. Barcelona, 1893, pág. 457; Mendiburu, «Dic. hist. biogr. del Perú», Lima, 1.^a ed., Tomo VI, pág. 147; «Antolog. Ecuatoriana», Quito, 1892, pág.; Cejador, «Hist. de la lengua y la lit. castellana», Madrid, 19. . . , VI, pág. 329; Vide, además, J. M. Gutiérrez, «América Poética»; Riva Agüero, «Carácter de la Literatura del Perú independiente», Lima, 1905, pág. 23; E. Piñeyro, «José Joaquín Olmedo» en el tomo VII del «Bulletin Hispanique», Bordeaux, 1905; L. A. Sánchez, «Los Poetas de la Revolución», Lima, 1919.

Mientras tanto, de 1805 a 1820, Bolívar había definido su carrera. Con «la guerra a muerte» asoló al país, pero acabó con el adversario impiadoso. Ganando batallas con la espada y con la pluma, libertó a Venezuela y a Nueva Granada, y se lanzó sobre Quito. Al saber la independencia de Guayaquil y su anhelo de emanciparse por su cuenta, sufrió un acceso de cólera. Dirigióse al puerto, porque él deseaba que se anexara a Colombia, contra los que pensaban que debía anexarse al Perú y contra los que opinaban por la autonomía.

Apenas arribó a Guayaquil, desconoció al triunvirato, pero, sin embargo, mandó a saludar a Olmedo, «El edecán—refiere

O'Leary, secretario de Bolívar—preguntó si daría las mismas explicaciones a los demás miembros de la Junta. «No—respondió Bolívar—. *Es el genio de Olmedo, y no a su cargo, lo que yo respeto*».

O'Leary, «Bolívar y la emancipación de Sudamérica», reed. Biblioteca Ayacucho, Madrid, t. II, pág. 139 y 177.

El poeta Olmedo, cesante de sus funciones de gobierno, tornó al Perú. Electo representante al Congreso de 1822, fué en la sesión del 23 de octubre, en unión de Unanué, Ortiz de Zevallos y Sánchez Carrión, uno de «los que más declararon contra la ambición de Bolívar». Pérez de Tudela defendió al Libertador.

Paz Soldán, o. c., 2.º período, tomo I, págs. 15 y 17.

Ocho meses más tarde, Olmedo y Sánchez Carrión, precisamente, recibieron del Congreso el encargo de entrevistarse con Bolívar y pedirle auxilio. Lo hallaron en Quito—y no en Guayaquil, como dice Larrazábal—el 24 de julio... Y ahí se decidió la venida del Libertador.

C. de Gangotena y Jijón, «Bolívar y Olmedo en Quito», art. en la revista «El ejército nacional», año II, núm. 13, Quito, 1923, pág. 1066; Mera, o. c., pág. 486.

Por entonces, Olmedo publicaba la «Epístola Primera» de su traducción del «Ensayo sobre el hombre» por Pope. (Lima, 1823).

La llegada de Bolívar a Lima, el 1.º de septiembre de 1823, fué una apoteosis. Don Justo J. Figuerola, después presidente fugaz, dedicó una larga laudatoria reminiscente de Peralta y los

aduladores del coloniaje, al «nuevo Sol del Perú». Los meses siguientes, de activa campaña, permitieron algunos áridos devancos literarios, y muchas canciones populares. Los «trescientos años de lloro y de ignominia» son el tema predilecto de quienes soportaron gustosos todo eso. Raúl Porras lo anota en su artículo «La Literatura en los días de Ayacucho», y Federico Mould en un estudio inédito, que reunió muchos apuntes, completa el cuadro de versificadores trabajosos y sin altura que se llaman Ferreyros, Lledias, López Lisson y Corbacho, cuyas composiciones recogen «El Album de Ayacucho» y «La Lira Patriótica», ya citados.

R. Porras, «La Literatura en los días de Ayacucho», en la revista «Variedades», Lima, 6 de diciembre de 1924, pág. 3074-78; F. Mould Távara, «Bolívar y la literatura», estudio inédito, y acaso perdido ya: lo conocí en los originales de su autor; Herrera, o. c.; Corpancho, «La Lira Patriótica».

Lo más señero de entonces, en materia de gestos o frases literarias, es el «Triunfar» de Bolívar en Pativilca. Pero llega Junín, el 6 de agosto de 1824, y luego suena el clarín de Ayacucho, el 9 de diciembre, y la literatura se anima en medio de mil cantos ramplones con un canto de robusto aliento épico: Olmedo ha encontrado su acento (1825). Antes de eso, Bolívar halla más ajustadas palabras para cada victoria. Al conocer el resultado final de la batalla de Ayacucho, Bolívar, desde Lima, escribirá: «La Paz ha sucedido a la guerra; la unión a la discordia; el orden a la anarquía, y la dicha al infortunio; pero no olvidemos jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.—Peruanos: El día que se reuna vuestro Congreso será el día de mi gloria, el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡No mandar más»!

Dirá a los soldados del ejército vencedor grandilocuente-
mente:

«La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro
« valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su
« cabeza erguida sobre todo»... Soldados colombianos: cente-
« nares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del
« mundo». (25 diciembre, 1824).

Así anticipa la figura literaria que Choquehuanca le dirá a él mismo en el inmortal saludo de Pucara. Iba el Libertador, recibiendo homenajes hacia el Cuzco, y de Cuzco al Alto Perú, cuando le salió al encuentro José Domingo Choquehuanca, indígena de Azángaro, en donde nació el año de 1792. Era hijo del cacique de la región, Roque Choquehuanca, y de doña Melchora Bejar, de sangre de incas. Educado en Arequipa hasta los 10 años, quedó huérfano a los 12; a los 17 se graduó en Teología y Filosofía; dedicóse al sacerdocio, en 1812, se graduó en derecho, y en 1817 volvió al Alto Perú, en donde optó el grado teológico. Estalló la guerra de la independencia, y siguió apasionadamente su curso, prendándose de la figura marcial de Bolívar, a quien encontró en Pucara pronunciando su arenga admirable; una de las piezas literarias impercederas del Perú:

«Quiso Dios de salvajes hacer un gran imperio, y creó a Manco Capac. Pecó su raza, y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de la América, y os ha creado. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho; y para que alguno os imite será preciso que haya otro mundo por libertar. Habéis fundado cinco repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, llevarán vuestra grandeza a donde ninguna ha llegado. Vuestra gloria crecerá con los siglos, como la sombra cuando el sol declina».

Tales fueron las palabras últimas de un discurso henchido de vibración. Nadie igualó el elogio del cura de Pucara. Corriendo los días, sería Choquehuanca (1825, 26 y 28) representante por Azángaro ante el Congreso; defendió la constitución bolivariana; escribió un tratado estadístico en 1833 y otro sobre régimen representativo en 1846, para morir a los 62 años, hacia 1854.

U. Zegarra Araujo, «José Domingo Choquehuanca», en el «Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos, » Lima, 1929, tomo III, págs. 117, 180 y sigs.

Estaba en su apogeo la gloria del Libertador. Aun resistía Rodil en los castillos del Callao, y también manteníase irreducible Quintanilla en Chiloé. En esos momentos finaba Olmedo su memorable «Canto a la victoria de Junín». Habíalo empezado en enero de 1825. Bolívar le encargó cantar la victoria de Ayacucho, pero Olmedo replicaba: «Siento que usted, me recomiende cantar nuestro último triunfo. Mucho tiempo ha, mucho tiempo ha, que revuelvo en la mente este pensamiento... Vino Junín, y empecé mi canto. Digo mal, empecé a formar planes y jardines, pero nada adelanté en un mes... Vino Ayacucho, y desperté lanzando un trueno...».

«Repertorio colombiano», tomos II, III; Sánchez, o. c. pág. 68.

En junio de 1825 estaba terminado el canto. Había apelado al viejo recurso de Virgilio, usado hasta Peralta pasando por Tasso y Ercilla: una figura prócer aparecía profetizando. Olmedo se apoyó en Huayna Capac, como emblema de su antiespañolismo, «Amazona fiera» y «bacante ardiendo en ira», su musa será implacable contra España. Por eso empieza con frenesí:

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Dirá de España:

Guerra al usurpador. ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión o leyes?
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿La de Jesús? ¡Blasfemos!
¡Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron!

Entre imitaciones del sevillano Herrera, reminiscencias de Horacio, Quintana y Gallego, el canto avanza sin espontaneidad, inferior a la oda «Al árbol» o a la posterior «A Miñarica» del propio Olmedo. Se le adivina juglar esforzando el ditirambo. Y aunque aparezcan al fin los magníficos versos que empiezan:

¡Oh, Padre, oh, claro Sol!, no desampares
este suelo jamás...

falta la frescura de otras composiciones suyas, y se advierte el deliberado propósito de agradar al amo. El «Canto a la victoria de Junín» es considerado como la más alta manifestación del estro de Olmedo, por su oportunidad, más que por méritos intrínsecos. Y Bolívar, buen crítico literario, caló los defectos del poema: «Si yo no fuese tan bueno—le dirá a Olmedo en carta fechada en Cuzco, el 27 de junio de 1825—, y Ud. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Ud. ha querido hacer una parodia de la *Ilíada*, con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no lo creo. Ud. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte,

que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres»... «Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje de las ruedas del carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes; de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de La Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdoba... un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Ajax; de Miller un Diómedes y de Lara un Ulises...».

Es curioso que la única expresión de crítica literaria exacta y certera sea de Bolívar, el más exaltado de los poetas en prosa y espada. Y que su crítica se enderece contra un elogio a sí mismo. En otra carta (12 de julio de 1825), Bolívar añadirá a Olmedo, que su Huayna Capac es «un poco hablador y embrollón, si bien el Canto es divino». Y como Olmedo estaba a punto de zarpar hacia Londres, Bolívar apunta irónicamente: «Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, Ud. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que, a la verdad, no sabía cantar más que yaravís»... Olmedo respondió desde Londres, en carta del 19 de abril de 1826. Al partir, el poeta había dicho al Libertador: «Voy a pasar dos o tres años de inquietud, porque ya pasó la edad de las ilusiones. Me parece que volveré como me voy... De todos modos, parto resignado y en cierto modo contento, porque voy a obedecer y complacer a Ud., y porque voy a servir a la Patria».

Sánchez, o. c., pág. 71.

Nuevos loores surgieron de las vecindades. Hilario Ascsubi, futuro gran cantor gauchesco, publicó en «La Revista de Salta» (Argentina), un «Canto a la victoria de Ayacucho». Don José Pérez de Vargas—nacido en Italia hacia 1776 y de quien hemos hablado ya—publicó en Lima su «El Vaticinio», epopeya a Febo peruano, «precedida de un soneto en italiano, dedicado a Bolívar, y con grande copia de citas de «La Eneida». No añadió nada a la gloria del Libertador, ni a la suya propia...

Sánchez, o. c., pág. 58 y 59; Riva Agüero, o. c., pág. 51; Porras, art. cit.; Menéndez y Pelayo, «Hist. de la Poesía hisp. amer.», II, pág. ... , Madrid, 1913.

Sin embargo, un cantor hubo entre todos, que merecía mayor atención: don José María Pando, y hay un panegirista que no puede ser olvidado, Manuel Lorenzo de Vidaurre. Ambos juntarían su acción en el Congreso de Panamá de 1826.

Pando era limeño (1787-1840), pero educado en Madrid, en el Seminario de Nobles. Sirvió a la corona como diplomático en Roma el año 1802; viajó por los Países Bajos en 1815 y fué oficial de la primera secretaría del Rey Fernando VII, en los días del despotismo, esto es en 1818. Llegó a ser secretario del Rey, con la facultad de dictar decretos. Figuró en la primera secretaría de Estado en 1822; residió en París y sólo en 1823 vino al Perú. Sufrió el asedio en los castillos del Callao, y salió de ellos, en 1824, merced a un permiso de Rodil. Había conocido a Bolívar en Roma, en su mocedad, y no vaciló en uncirse al 'carro republicano, abandonando las filas realistas. En 1827 sería ministro de Bolívar; publicaría un nuevo «Mercurio Peruano»; sería ministro de Gamarra en 1833; regresaría a Europa, siendo combatido en España, y murió en 1840, después de haber publicado importantísimas obras sobre «Derecho Internacional» y haberse pronunciado contra la manumisión de los esclavos (1833), redactando la «Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de las provincias litorales del Departamento de Lima». En 1837 publicó unos «Pensamientos» en Cádiz. Nunca fué democrático ni sincero republicano Pando, ni dejó de ser clasicista a macha martillo, en materia literaria.

J. F. Pazos, artículo en el «Boletín del Museo Bolivariano», Lima, 1929, I, pág. 221; «Carta de Pando a F. Pardo» en el mismo Boletín, I, pág. 356; Juan de Arona, «Páginas diplomáticas del Perú», Lima, 1891, pág. 92 y 97.

Pando, así filiado y conocido, se incorporó al séquito de Bolívar, renegando de su realismo en forma precipitada y poco sincera, mediante una larga versada que tituló «Epístola a Próspero». Próspero, maestro de la humanidad, dueño de los secretos del porvenir, era desde luego, el Libertador. Pando le aconsejaba:

Deja ladrar a la calumnia infame
que, en todo tiempo, vierte su ponzoña
sobre la alba virtud. ¿Vivir no quieres
En los siglos futuros? Pues desprecia
ruines clamores, miramientos vanos,
acaso ingratitud; tu misión cumple;
el duro casco y la coraza arroja;
y la cándida toga revistiendo,
dócil a las inspiraciones de Minerva,
sabias, justas, estables, danos leyes.

Era en 1826. Pando hizo más. Organizó una especie de culto a Bolívar, para lo que reunía en su casa a Unanué, Vidaurre, Olmedo, y más tarde, también al joven Felipe Pardo y Aliaga y a Vivanco, flor y nata del conservatismo peruanos. A ellos se añadiría, andando los años, don José Joaquín de Mora, poeta galditano, autor de «Las Leyendas Españolas», llegado al Perú sólo en 1831, grande amigo de don Andrés Bello y fomentador del gusto romántico en el Perú.

Junto a Pando, hombre mesurado y conservador, clásico y académico, contrastaba el arrebatado de Vidaurre. Ambos, sin embargo, por razones diversas, el diplomático y jurista y el declamador también jurista, tenían fe en el sueño bolivariano del Congreso de Panamá— Bolívar, versificador defectuoso, pero gran poeta—concibió aquella vasta epopeya y quiso ejecutarla al punto. Para ello escogió diplomáticos que fuesen un poco poetas.

El epistolario y los discursos pronunciados en Panamá constituyen elemento inapreciable para conocer el espíritu de la era

bolivariana, el ideario y el fraseario del Libertador. Raúl Porras, que los ha exhumado, comenta agudamente:

«El Congreso de Panamá no fué el prelude sino el epílogo de la fraternidad continental... Ya en la época de la reunión del Congreso, Bolívar se había decepcionado de la eficacia de éste. Su propia idea inicial de una reunión de pueblos de la misma raza, lengua, religión y costumbres, tal como la enunció en la carta de Jamaica, había sido desnaturalizada por la invitación de Colombia a Inglaterra, y de México a Estados Unidos, y por la exigencia de Canning de que se invitase al Imperio del Brasil... Convencido de la excesiva grandeza de su sueño, Bolívar empezaba, también, como dúctil político que era, a reducir el tamaño de su ideal, sus más adictos partidarios forjaban sociedades secretas para propiciar un imperio menos iluso que el soñado por el héroe, y Pando susurraba al oído del Libertador el plan más realizable de la Federación de los Andes».

R. Porras, «El Congreso de Panamá»,
Lima, 1930, pág. XCVI-XCVII.

Sucumbió el gran sueño bolivariano. Fracasó el Congreso. Era el año terrible para el Libertador. Todo caía en torno suyo. También, su poder. Una especie de realismo a ras de tierras reemplazaba al idealismo empenachado del bolivarismo romántico. La medida inspiraba a los políticos y a los literatos, temerosos pasos atrás. Levantábase Páez, obstaculizaba Santander, subleváronse batallones en Bolivia y el Perú. En Bogotá esperan al libertador los puñales asesinos y la serenidad salvadora de Manolita, en la «noche nefanda». Le olvidará Caracas; deberá soportar antes la convención de Ocaña, tan distante de los delirios de Casacoima y la clarividencia de Jamaica. Tendrá que buscar asilo bajo techo de español, el generoso Mier, en San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, y expirar ahí antes de que la vejez llegara, el año de 1830. Y entretanto, vuélvense contra él y

su recuerdo los mismos que le alabaran antes. La musa popular sólo recuerda su despotismo olvidada de su heroicidad. Y Larriva, el cojo clérigo Larriva, repiqueteará, risueño y voluble, en réquiem mordaz al autocratismo bolivariano esta octavilla endiablada:

Cuando de España las trabas
 en Ayacucho rompimos,
 otra cosa más no hicimos
 que cambiar mocos por babas:
 mudamos de condición,
 pero sólo fué pasando
 del poder de don Fernando
 al poder de don Simón.

Larriva, ver Odriozola, «Documentos Literarios del Perú», tomo II, Lima, 1864, pág. 132; Porras, «J. J. de Larriva», cit. pág. 31; Sánchez, o. c., pág. 73; Riva Agüero, o. c., pág. 37.

IX

LA NATURALEZA, EL NACIONALISMO PICTÓRICO

Bajo el fraseario de Bolívar, la naturaleza americana cobró un esplendor inédito. El que escribió el «Delirio del Chimborazo» y azotó al Tequendama, continuaba la misma tendencia hacia el paisaje iniciada en Melgar con su «Oda al Autor del Mar». También Choquehuanca apela a la naturaleza para sus metáforas, y Bolívar apela a los Andes y el Sol para sus discursos y proclamas. El libro ha cedido el paso al medio ambiente.

La naturaleza fué el gran mito de los románticos. Económicamente, los fisiócratas creyeron que el orden social provenía

de un orden natural, y su fanatismo llegó al extremo de negar el valor económico, creando, en su reemplazo, el fantasma del «producto neto» de la agricultura. Rousseau, aunque contradujo sociológicamente a los fisiócratas al enunciar que el orden social nace de un pacto y no de una necesidad natural, estableció una pedagogía y un estilo literario que, por dar primacía el sentimiento, auspiciaba las fuerzas espontáneas, la potencia creadora de la naturaleza misma. El paisaje, el mundo circundante, apareció como algo novedoso, lindante con lo divino, ante los ojos románticos. Las metáforas, lógicamente, fueron también extraídas de la naturaleza. En tal sentido, el impulso geográfico del «Mercurio Peruano», finicolonial, se anticipa al germen naturalista y político del nuevo tiempo.

La literatura colonial concedió nula importancia a la naturaleza. También en el «Quijote» se explota apenas el valor sugestivo de la llanura manchega, que Azorín exalta en algún libro descriptivo. El hispanoperuano Conde de la Granja, fracasa, por retórico, indirecto y mitologizante, al pretender describir Lima y una erupción del Pichincha en su «Vida de Santa Rosa», (1712). En cambio, Bolívar y sus coetáneos, si no aciertan en la graficidad, dan en el blanco con la sugestión: «Yo venía—dice en «Mi delirio sobre el Chimborazo»—envuelto con el manto de iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadoras fuentes amazónicas, y quise subir a la atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine, y de Humboldt; seguías, audaz; nada me detuvo; llegué a la región glacial, y el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso las manos de la Eternidad en las sienas excelsas del dominador de los Andes...» ... En Melgar había surgido, años antes, la emoción de la naturaleza, aunque su oda «Al Autor del Mar» revela más que fervor por el decorado, admiración por el escenógrafo; pero sería injusto negar fuerza descriptiva de primera mano, a quien dijo:



El mar inmenso viene todo entero,
ya parece tragarse el continente,
aviva su corriente,
y en eterno hervidero
choca, vuelve a chocar: ya sobre el mundo
mayor que el primer golpe da el segundo...

Melgar, o. c., pág. 108.

Melgar es uno de los pocos que se atreve a escribir una oda «A la soledad». El seminario sobrevivía en él, pese al fragor de la tormenta... También Vidaurre confundió sus sentimientos con la naturaleza en las «Cartas Americanas», pero, incapaz de soledad, dialogó hasta con el silencio para arrancarle sonidos.

Tal sentimiento de la naturaleza se exalta en forma casi religiosa. Divinizanse montes, mares, istmo, y también a la libertad—«mi ídolo» la llama Sánchez Carrión—, a la República, y a la democracia. Es una religiosidad contagiosa y epidérmica, pero es la primera emoción religiosa que nace en el Perú. El Esposo de este cívico «Cantar de los Cantares» será ora Bolívar, ora San Martín; la Esposa será siempre la libertad. Hasta cuando traducen «Salmos» dejan advertir las huellas de la politiquería. En el doctor Valdez, se mezclan, como veremos luego, la versión del Salterio con la temperatura política del día.

De una exaltación tan repentina, fácilmente se pasa al conformismo. Las necesidades económicas llaman al orden a tan vehementes declamadores. El apetito de poder aleja de las musas a poetas politiqueros. Como no se ha realizado la división del trabajo, en la incipiente República los más inteligentes son los que más suenan, y los que más suenan son los que más publican por lo que los que más publican deben ser aptos para todo, especialmente, para intervenir en el manejo de la «cosa pública». O medo acabará cantando a un héroe de guerra civil, en su oda «A Miñarica» (1833) y será diplomático hasta su muerte (1847).

Pando, ya lo hemos visto, acabará de secuaz de un autócrata como Gamarra (1834) y tornará a la añorada España. Roto en la forma el vínculo colonial, sin una orientación propia, nutrida de imitaciones, el Perú se encaminó, sumisamente, a un neoclasicismo, cuando España hizo lo propio bajo la batuta de los discípulos de Moratín y Lista. Poetas que exploraron el verso civil, sentirán veleidades de tersura e impersonalismo. Valdez publicará en 1833 su «Salterio Peruano», dedicado «A María Santísima». En el prólogo dirá: «Ojalá los sublimes genios peruanos de toda clase, estado y condición, desechen para siempre a las musas profanas e invoquen el divino numen para cantar con David, la grandeza, maravillas y beneficio del Omnipotente».

«Salterio peruano / o / paráfrasis de los ciento cincuenta / salmos de David, etc. / por el D. D. José Manuel Valdez, etc., / Lima, 1833 / Imprenta de J. Masías.

Al parafrasear el Salmo I, deslizará un concepto de pura alusión:

Feliz el hombre que jamás admite
De los necios impíos el consejo:
Que de los pecadores el camino
Anchuroso y florido deja presto:
Que nunca se sentó en la pestilente
Cátedra donde enseñan los perversos
Dogmas erróneos y doctrinas falsas
Que la virtud corrompen de los pueblos.

Se evoca aquello de la «virtud, catedrática de Prima» que dijera el P. Ojeda en «La Cristiada» (1611). Es la reacción violenta, colonista, españolizante, antirrepublicana y antirromántica de los amadores de un orden sin perturbaciones, justo o no.

También el Arzobispo Reguera creyó acabar con la inquietud, atacando lo barroco, y mandó publicar el «Orden Sacro» de Matías Maestro. Reacción que alcanza pasajero auge, al compás del autocratismo restaurado con Gamarra y alimentado por Vivanco y Felipe Pardo. Pero el romanticismo vuelve. Sin el soplo heroico de Bolívar y su tiempo; con el hálito bohemio de Byron y sus versiones criollas de un Marquez, un Palma, un Salaverry o un hispano Velarde, el romanticismo volverá. Mas, entretanto, como contrapeso a la fiebre bolivarista, nuevos escritores y viejos escritores—entre aquéllos Pardo; entre éstos, Olmedo; extranjeros como Mora; semiextranjeros como Pando; nacionales como Pardo tratarán de refrendar su clasicismo con un llamado a lo nacional. Mas será el suyo un *nacionalismo pictórico, interesante y costumbrista*, en vez de ser significativo y hondo. Larriva, en medio de todo, será el más leal, porque, sin tapujos, apelará al chiste y al sarcasmo criollamente:

El tal don Simón
Nunca ha sido santo
de mi devoción,

dirá para justificar sus veleidades injusticables, pero comprensibles.

Se inicia ya el *costumbrismo*, caricatura del nacionalismo. Larra—romántico por la intención, pero realista por el método—enseñará desde España, individualismo y costumbrismo. El costumbrismo es la tregua entre los prerrománticos bolivarianos y el romanticismo pleno. El individualismo es la escala por la cual nuestros clasicistas treparán, después, al romanticismo. Así es en Pardo y en Segura. El prerromanticismo se deslía en criollismos zumbones; el afán clasicista, en un neto anticriollismo, que redundaba en... lo mismo. Unos son criollistas, otros anticriollistas, pero ¿cuál fué nacional? Cuando Pardo represente su costumbrista y anticriollista «Frutos de Educación», Larriva

le atacará en nombre de lo criollo. Bernardito, el personaje de la comedia, encarnará la primera forma del futuro Niño Goyito, enfurruñado contra todo lo típico, amante de europeísmos, disgustado de esta zamba procacidad criolla.

Para ese entonces, ya sólo quedaba del ímpetu emancipador, la ambición bastarda de cuantos, por haber contribuído a la epopeya, creíanse con derecho a gozar de los réditos de poder político. Se mantendrá inmarcesible el ansia de poder, como único airón. Después de haber vencido a España—como los germanos tras de la derrota del Imperio Romano—los generales de la Independencia americana se separan en guerrillas feudales por el botín del mando. Herederos de una política mercantilista, sin cultura cívica ni grandes ideales políticos, desatada la soberbia, sólo querrán el poder. En medio de esta fiebre, el clasicismo no significa en modo alguno remanso ni petición de orden: al contrario, es apetito de restauración, que es cosa distinta al orden. Y el costumbrismo, más que esparcimiento o caricatura, contiene en su seno un frustrado intento de calar en lo propio y hallar la riqueza auténtica de lo nacional, de lo genuino. A nadie extrañe, pues, que la *costumbre*, en vez de ser un punto de llegada, resulte así un punto de partida y, sobre todo, un punto de referencia para todo juicio de esta época caótica, frenética y ávida de hallarse a sí misma.

(Continuará)